

general. Por todas partes comenzó á oirse un vivo fuego. El pueblo enfurecido, engruesado con gran número de forasteros, se precipitó sobre los oficiales franceses diseminados por las casas de Madrid, á pesar de las recomendaciones de Napoleón, y sobre los soldados que por escuadras iban á las provisiones. Muchos fueron asesinados con horrible ferocidad, y otros debieron la vida á la humanidad de algunos vecinos.

Al primer ruido, Murat montó á caballo, y dió sus órdenes con la resolución de un general habituado á todas las ocurrencias de la guerra. Mandó á las tropas que estaban acampadas que se pudiesen en movimiento y entrasen á un mismo tiempo por todas las puertas de Madrid. Las mas próximas, que eran las del general Grouchy, situadas cerca del *Buen Retiro*, debían subir por las espaciosas calles de *Alcalá* y *Carrera de San Gerónimo* y dirigirse á la *Puerta del Sol*, mientras que el coronel Frederichs, con los fusileros de la guardia, emprendía su movimiento desde palacio, situado en el extremo opuesto, y se dirigía por la *calle Mayor* á reunirse con el general Grouchy en la *Puerta del Sol*, adonde debían acudir todas las columnas. El general Lefranc, establecido en el convento de San Bernardino, debía marchar concéntricamente desde la puerta de *Fuencarral*. Los coraceros y la caballería que llegaba por el camino de Carabanchel, recibieron orden de avanzar por la puerta de Toledo. Murat, con la caballería de la guardia, se situó á espaldas de palacio, junto á la puerta de San Vicente, por la cual debían entrar las tropas que se hallaban en la Casa de Campo. Colocado de este modo fuera de los barrios populo-

sos, y en una posición dominante, se hallaba desembarazado para acudir á donde fuese necesario.

La acción principió en la plaza de palacio, á donde Murat había dirigido un batallón de infantería de la guardia, precedido de una batería. Un fuego de peloton, seguido de algunos disparos de metralla, dejó despejada la plaza. La prontitud de la fuga, como sucede siempre en casos semejantes, impidió que fuese grande el número de las víctimas. Libres ya el palacio y sus inmediaciones, el coronel Frederichs marchó con los fusileros por las *Platerías* y *calle Mayor*, á la *Puerta del Sol*, á cuyo punto se dirigían también las tropas del general Grouchy por la *Carrera de San Gerónimo* y calle de *Alcalá*. Los soldados viejos y jóvenes, avanzaban con el aplomo que debían á sus gefes serenos y aguerridos. El pueblo sostenido por aldeanos intrépidos, no esperaba ya á pie firme, pero se detenía en las esquinas de las calles transversales para disparar sus armas, y despues invadía las casas para hacerlo desde los balcones y ventanas. Por todas partes se les perseguía y mataba á bayonetas, y muchos infelices cogidos con las armas en la mano, fueron arrojados por los balcones. Las dos columnas francesas que marchaban al encuentro una de otra, habían hecho que la multitud se replegase á la *Puerta del Sol*, en donde no podía huir por lo compacto de su masa: sin embargo, sostenía el fuego con las tropas. Algunos escuadrones de cazadores y mamelucos de la guardia lograron penetrar por medio de las masas. Las acuchillaron, y las obligaron á dispersarse por las salidas que aun quedaban libres. Los mamelucos, sirviéndose de sus sables corvos, con destreza suma,

hicieron rodar algunas cabezas, y causaron un terror é indignacion, cuyo recuerdo todavia dura en la poblacion de Madrid. Rechazada ya la multitud trató de refugiarse en la casas para hacer fuego desde las ventanas. Las tropas del general Grouchy, hicieron muchas ejecuciones sangrientas en la *Carrera de San Gerónimo*, especialmente en casa del duque de Híjar, desde donde se hacia un fuego mortífero. Las del general Lefranc tuvieron que sostener un combate mas obstinado en el Parque, en donde se habia encerrado una parte de la guarnicion de Madrid, con órden de no combatir. Habiéndose dirigido allí los insurgentes hicieron fuego á nuestras tropas, y el cuerpo de artilleros españoles se halló á pesar suyo empeñado en la lucha. La necesidad de tomar á cuerpo descubierto un edificio cerrado, desde el cual se hacia un nutrido fuego de fusilería, costó algunos hombres á las tropas francesas; pero estas dieron el asalto, arrojaron de allí á los defensores y les hicieron pagar bien caro su arrojo: el Parque fué tomado antes que el pueblo pudiera apoderarse de las armas y municiones que contenia.

Muy pocas horas bastaron para reprimir aquel movimiento, y despues de tomado el Parque solo se oian ya algunos tiros aislados. Murat mandó formar en la casa de Correos una comision militar, que decretaba la ejecucion inmediata de los paisanos á quienes se encontraba la menor arma. Muchos fueron fusilados en el Prado, y otros que en gran número procuraron salirse al campo, fueron perseguidos y acuchillados por los coraceros. Las tropas que se hallaban fuera de la poblacion, llegaron cuando ya no eran necesarias. Todo que-

dó pacificado por el terror de una pronta represion y por la presencia de los ministros Ofarril y Azanza, que acompañados del general Harispe, jefe de estado mayor de Murat, hicieron cesar el combate en los puntos en que todavia se sostenia. Pidieron tambien, y se les concedió sin dificultad, que cesasen las ejecuciones que mandaba la comision militar de Correos.

Esta memorable y fatal jornada, que debia producir en España un alzamiento terrible, produjo por resultado inmediato, contener al pueblo de Madrid, quitándole la ilusion de su fuerza, mostrándole que los jóvenes soldados franceses, mandados por oficiales valientes, eran tan invencibles para los feroces paisanos españoles, como lo fueron despues en Essling y Wagram para los soldados mas disciplinados de Europa. El infante don Antonio, que la vispera no habia sido del número de los que opinaron por la resistencia, y que aun parecia alarmado por la jactancia de los partidarios de la insurreccion, dijo la misma tarde á Murat, como un hombre que cobra aliento despues de una larga fatiga.—En fin, ya no se nos repetirá que paisanos armados con cuchillos, pueden batir á tropas regulares.—En efecto, la impresion del pueblo de Madrid fué profunda, y en su exageracion aseguraba y creia que habia habido millares de muertos y heridos. Pero nada de esto era cierto, pues los insurgentes apenas habian perdido cuatrocientos hombres y los franceses ciento á lo sumo. Mas el terror aumentando el número, como de costumbre, daba á aquella jornada una importancia moral, muy superior á la que tenia materialmente. Desde aquel

instante Murat podia emprenderlo todo. Al dia siguiente, hizo partir no solo al infante don Francisco, la reina de Etruria y su hijo, sino hasta el mismo infante don Antonio, que tenia todas las ideas de los sublevados, menos su energia, y que no deseaba mas que encontrar en Bayona lo que esperaban alli los demas principes parientes suyos, el reposo y la destitucion. El infante don Antonio consintio en partir desde luego, y abandono la presidencia de la junta de gobierno, aun sin darla aviso. Murat acababa de recibir el decreto de Carlos IV que le conferia la lugartenencia del reino. Convoco la junta, hizo que le aceptase por su presidente en lugar del infante don Antonio, y desde entonces quedo investido con todos los poderes de la autoridad real. Se establecio en palacio, en donde ocupo la habitacion del principe de Asturias, y volviendo a tomar en su correspondencia con Napoleon su lenguaje habitual, le decia que toda la fuerza de resistencia de los españoles se habia agotado en la jornada del 2 de mayo, que no habia mas que designar el rey destinado para España, y que reinaria sin obstaculo. En varias cartas habia ya escrito, como un hecho que citaba sin añadir ninguna reflexion, que los españoles impacientes por salir de su larga y penosa ansiedad, gritaban con frecuencia:—Corramos a buscar al gran duque de Berg, y proclamémosle rey.—Sin embargo, en aquellas locas ilusiones habia algo de cierto. En la necesidad de tener un rey francés, Murat era el que habria aceptado mas facilmente el pueblo español, por su nombradía militar, su gracia, su jactancia meridional, y su presencia en Madrid.

Las noticias de esta capital, llegaron el 5 de mayo a Bayona a las cuatro de la tarde. Napoleon veia en ellas inmediatamente el medio de producir el sacudimiento de que tenia necesidad para concluir aquella especie de negociacion entablada con los principes de España. Se dirigió a ver a Carlos IV con los pliegos de Murat en la mano, y manifestó mas irritacion que la que realmente experimentaba por aquellas visperas sicilianas que se habia tratado de reproducir en Madrid. Quería mucho a sus soldados, pero cuando sacrificaba diez ó veinte mil en una jornada, no era hombre que se apesadumbraba por un centenar de ellos, cuando mediaba tan grande interés como la conquista del trono de España. Sin embargo, fingió la cólera ante los ancianos soberanos, que se atemorizaron mucho al ver tan indignado a aquel de quien dependian. Llamóse a los infantes y el primero a Fernando VII. En cuanto entraron en la estancia de sus padres, fueron apostrofados por ellos con la mayor violencia.—¡He aqui tu obra!... dijo Carlos IV a Fernando VII... ha corrido la sangre de mis vallos, la de los soldados de un aliado, y la de mi amigo el grande Napoleon. ¡A qué calamidades habrias espuesto a la España si tuviéramos que entendernos con un vencedor menos generoso!... He aqui las consecuencias de lo que tú y los tuyos habeis hecho para gozar algunos dias antes de una corona, que yo tenia tantos deseos como tú de colocar en tus sienes. Has desencadenado al pueblo, y nadie es ya dueño de él. Vuelve, vuelve esa corona demasiado pesada para tí, y entrégala al único que es capaz de ceñirla.—Al proferir estas palabras, el anciano rey,

condenado á tan aflictiva escena, agitaba un baston con puño de oro en el que ordinariamente se apoyaba por causa de sus enfermedades, lo cual hizo creer á los concurrentes que amenazaba á su hijo.—Apenas concluyó de hablar el padre, cuando la reina con estraordinaria cólera, se precipitó sobre Fernando, le llenó de injurias, le reprendió como mal hijo, por haber querido destronar á su padre, por haber deseado la muerte de su madre, y por ser un falso, pérfido, cobarde y desnaturalizado. Fernando VII escuchó aquellos improprios inmóvil, con los ojos fijos en tierra, con una especie de insensibilidad estúpida, sin responder ni manifestar nada, pero sufriendo estremadamente. Su madre, interpelándole muchas veces, acercándose á él, y amenazándole con la mano, le dijo: —Siempre has sido lo mismo; cuando tu padre y yo queríamos dirigirte algunas exhortaciones por tu propio interés, te callabas, y no respondias á nuestras reflexiones mas que con el silencio y el odio... Pero contesta á tu padre, á tu madre, á nuestro amigo, á nuestro protector, el grande Napoleon.— Y el príncipe siempre insensible callaba, afirmando únicamente que ninguna parte había tenido en las ocurrencias del 2 de mayo. Napoleon embarazado, y casi confuso al ver semejante escena, aunque producía la solución apetecida, dijo á Fernando con un tono frío pero imperioso, que si en aquella tarde no entregaba la corona á su padre, se le trataría como á hijo rebelde, autor ó cómplice de una conspiración, que en los dias 17, 18 y 19 de marzo había privado de la corona á su legítimo soberano. En seguida se retiró para esperar en Marac, al príncipe de la Paz, para con-

cluir con él un arreglo definitivo bajo la impresión de los acontecimientos de Madrid.

¡Qué madre!... ¡qué hijo!... exclamó al entrar en Marac, dirigiéndose á los que le rodeaban. El príncipe de la Paz es en verdad muy mediano; pues bien, era sin embargo, el personaje menos incapaz de esa corte degenerada. Les había propuesto la única idea razonable, idea que hubiera podido producir grandes resultados, si se hubiese ejecutado con ánimo y resolución; la de fundar un imperio español en América, é ir á salvar allí la dinastía, y la mejor parte del patrimonio de Carlos V. Pero ellos no podían hacer nada noble ni elevado. Los padres por inercia, el hijo por traición, han echado por tierra aquel proyecto, y helos ahí acusándose unos á otros al poder de que dependen.—Después Napoleon habló largamente, y con rara elocuencia, sobre el vasto asunto de la América, de la España, y de la traslación de los Borbones al imperio de las Indias. Después de juzgar á los otros se juzgó á sí mismo por que añadió estas palabras:—Lo que yo hago aquí, bajo cierto punto de vista, no está bien, ya lo sé, pero la política exige que no deje á mis espaldas, tan cerca de Paris, una dinastía enemiga de la mia.

Por la tarde, el príncipe de la Paz fué á Marac, y los resultados que Napoleon quería conseguir por medios tan vituperables, fueron consignados en el siguiente tratado, firmado por el mismo príncipe de la Paz y el gran mariscal Duroc.

Carlos IV, reconociendo la imposibilidad en que él y su familia se encontraban de asegurar la tranquilidad de la España, cedia á Napoleon la corona, de que se declaraba único poseedor legiti-

mo, para que dispudiese de ella como mas le conviniese, y la cedia con las siguientes condiciones:

1.^a Integridad del territorio de España y de sus colonias, de que no se segregaria ninguna parte.

2.^a Conservacion de la religion católica como culto dominante, con exclusion de cualquiera otro.

3.^a Cesion á Carlos IV del palacio imperial de Compiègne con los cotos y bosques de su dependencia durante su vida, y del palacio de Chambord perpétuamente, y ademas una lista civil de 30 millones de reales pagados por el tesoro de Francia.

4.^a Una renta anual proporcionada ó todos los príncipes de la familia real.

Fernando VII volvió á su habitacion bien enterado de su situacion y de la firme voluntad de Napoleon, no de intimidarle únicamente, sino de destronarle: sus consejeros tambien se habian desengañado. Uno de ellos, el canónigo Escoiquiz, aunque no era el menos honrado, dió no obstante á su amo, un consejo poco digno; el de aceptar la corona de Etruria, para que Fernando fuese rey de alguna parte, y él director de un monarca. Los otros opinaron con mas razon, que aquello era declarar á la España que no tenia ya que pensar en Fernando, pues que aceptaba una corona estrangera en indemnizacion de la que se le habia arrancado. No aceptar mas que una pension alimenticia, les parecia indicar á la nacion que habia sido violentado, protestaba contra la violencia, que pensaba siempre en España, y que por consiguiente ella debia pensar siempre en él.

Fernando VII firmó, pues, un tratado por el qual Napoleon le aseguraba en propiedad los palacios, cotos, haciendas de Navarra y bosques de su dependencia, un millon de renta, y ademas cuatrocientos mil francos para cada uno de los infantes, mediante una renuncia comun á la corona de España.

Dos palacios con sus dependencias y diez millones anuales, eran el precio con que debia pagarse tanto al padre como á los hijos la magnífica corona de España, precio bien módico y vulgar, pero al que era preciso añadir un terrible complemento, que entonces no se habia aun descubierto: seis años de una guerra abominable, la muerte de algunos centenares de miles de soldados, la funesta division de las fuerzas del imperio, y una mancha en la gloria del conquistador. Napoleon á quien la ceguedad del poder ocultaba las consecuencias de aquel funesto mercado, se apresuró á ejecutar las condiciones. Devolviéndole el buen éxito su natural generosidad, dió las órdenes convenientes para que se tratase con los miramientos posibles á la familia que acababa de caer á los golpes de su politica, como tantas otras caian á los de su espada. Encargó al príncipe Cambaceres el cuidado de recibir á los ancianos soberanos, y mientras que en Compiègne se hacian los preparativos necesarios, quiso que fuesen á Fontainebleau á ensayar la hospitalidad francesa, en un sitio que debia agradar á Carlos IV, mas que ningun otro. Le proporcionaba la compañía del anciano y afable archicanciller como mas conforme á su carácter. Por lo demas, aquella era la primera noticia que de los negocios de España comunicaba á

tan grave personage, no atreviéndose á hablarle de proyectos que no podian soportar las miradas de politico tan sábio y tan adicto. En cuanto á los príncipes jóvenes les señaló para residencia el palacio de Valencey hasta que estuviese preparado el de Navarra, y por compañía, la de un personage tan sutil como disipado, el príncipe de Talleyrand que hacia poco tiempo habia llegado á ser propietario de aquel mismo palacio de Valencey, por un acto de la munificencia imperial. Napoleón le escribió la carta que sigue, porque ejecutaba con la dulzura de las costumbres del siglo XIX, una política digna de la supercheria del décimo quinto.

«Al príncipe de Benevento,

«Bayona 9 de mayo de 1808.

«El príncipe de Asturias, su tío el infante don Antonio, y el infante don Carlos, su hermano, sánde aquel miércoles, permanecerán el viernes y sábado en Burdeos, y estarán el miércoles en Valencey. E tad ya allí el lunes por la tarde. Mi camarero Tournon marcha en posta para preparar lo necesario á su recibimiento. Haced de modo que encuentren manteleria, ropa de cama y batería de cocina... Tendrán á su servicio de honor ocho ó diez personas y doble número de criados. Doy orden al general que desempeña en París las funciones de director de la gendarmeria, para que se traslade allí y organice el servicio de vigilancia. Deseo que estos príncipes sean recibidos sin brillo exterior, pero bien y con interés, y que hagais cuanto os sea posible para distraerlos. Si teneis en

Valencey teatro, y haceis que vayan algunos cómicos, no será malo. Podriais llevar á madama de Talleyrand con cuatro ó cinco señoras. Si el príncipe de Asturias se inclina á alguna señorita hermosa, no habria ningun inconveniente, sobre todo si habia seguridad de ello. Tengo el mayor interés en que el príncipe de Asturias, no dé ningun mal paso. Conviene, pues, tenerle distraido y ocupado. La feroz politica aconsejaria que se le pusiese en Botche ó en cualquier otro castillo, pero como se ha echado en mis brazos y me ha prometido no hacer nada sin mi orden, y todo va en España como deseo, he tomado el partido de enviarle al campo y rodearle de placeres y de vigilancia. Que dure esto el mes de mayo y una parte de junio, los asuntos de España tomarán un giro, y entonces veré el partido que he de adoptar.

«En cuanto á vos, vuestra mision es bastante honrosa; recibir en vuestra casa tres ilustres personages para obsequiarlos, es muy conforme al carácter de la nacion y al de vuestro rango.»

Carlos IV pasó la frontera de España con una gran opresion de corazon, porque decia adios á su pais natal, al trono y á las costumbres que habian formado siempre su felicidad, por lo menos, la que era capaz de disfrutar. Sin embargo, las agitaciones populares cuyo primer rumor sintiera, le habian turbado de tal modo, y las disensiones de su familia le habian colmado de tanta amargura, que se consolaba de su caída con la idea de encontrar en Francia la seguridad, el reposo, un retiro opulento, la práctica de los egercicios religiosos, y las excelentes cacerias de Compiègne. Su esposa, desesperada de perder el trono, tenia

mas de una compensacion: la venganza, la presencia segura del principe de la Paz y cuantiosas rentas. Fernando VII que habia pasado de una estúpida ceguedad á un verdadero terror, estaba lleno de pesadumbre por haber enviado á la junta de gobierno en respuesta á las preguntas de esta, la orden secreta de convocar las córtes, sublevar la nacion y hacer á los franceses una guerra encarnizada. Temia que la ejecucion de aquella orden irritase á Napoleon, y pusiese en peligro su persona, su posesion de Navarra y su dotacion. Envió un nuevo emisario para recomendar á la junta la mayor prudencia, y prescribirla que no hiciese nada que pudiese disgustar á los franceses. No se limitó á esta precaucion. Apenas se puso en marcha para Valencey, escribió á Napoleon pidiéndole la mano de una de sus sobrinas, y no olvidando á su protector Escoiquiz, reclamó para él la confirmacion de dos reales mercedes, que le habia concedido al suceder á su padre, y consistian en la gran cruz de Carlos III y en la cualidad de consejero de Estado. Se vé, pues, que las victimas de la ambicion de Napoleon, se encargaban por si mismas de destruir en él todos los remordimientos, y en el público todo el interés.

Dueño ya Napoleon de la corona de España, se apresuró á darla. Esta corona, la mayor despues de la de Francia, de cuantas habia tenido á su disposicion, le pareció que debia pertenecer á su hermano José, rey bastante pacífico y considerado en el reino de Nápoles. Napoleon se guiaba al hacer aquella eleccion, primero por el afecto, por que preferia á José á todos sus demas hermanos, y despues, por cierto respeto á la gerarquia, por-

que José era el mayor de ellos, y en fin, por confianza, porque la tenia en él mas que en los otros. Creia á Gerónimo muy adicto, pero demasiado jóven; á Luis honrado, pero tan exasperado por su enfermedad, los disgustos domésticos y el orgullo, que le miraba como capaz de las determinaciones mas desastrosas. En cuanto á José, aunque adolecia de mucha vanidad y molicie, le tenia por sensato, de carácter dulce y muy adicto á su persona, y solo á él queria confiar un reino tan importante y tan cercano á Francia. Esta eleccion no fué la menor de las faltas que cometió en el desgraciado asunto de España. José no podia llegar á Madrid antes de dos meses, y este tiempo iba á decidir de la sumision ó de la insurreccion de la España. Era débil, inactivo, poco militar, y nada á propósito para mandar é imponer á los españoles. Murat que estaba en Madrid, que agradaba á los españoles, que por la prontitud de sus resoluciones era hombre para desconcertar la insurreccion próxima á estallar, y que por la costumbre de mandar al ejército en ausencia de Napoleon sabia hacerse obedecer de los generales franceses, Murat hubiera debido ser el encargado de contener y atraer á los españoles. Pero Napoleon no tenia confianza mas que en sus hermanos; veia en Murat un simple aliado; desconfiaba de su ligereza y de la ambicion de su esposa, aunque era su hermana, y no quiso concederle mas que el reino de Nápoles.

Escribió, pues, á José. «El rey Carlos, por el tratado que he celebrado con él, me cede todos sus derechos á la corona de España... A vos os la destino. El reino de Nápoles no es lo que el de Espa-

ña; tiene once millones de habitantes, mas de cien-
to cincuenta millones de rentas, y la posesion de
todas las Américas. Por otra parte, es una corona
que os coloca en Madrid á tres jornadas de la Fran-
cia, y que cubre enteramente una de sus fronteras.
En Madrid, estáis en Francia. Nápoles es el cabo
del mundo. Deseo, pues, que inmediatamente que
recibais esta carta, dejéis la regencia á quien gus-
teis, y el mando de las tropas al mariscal Jourdan,
y que os dirijais á Bayona por el camino mas corto
de Turin, del Mont-Cenis y de Lyon... Guardad
secreto, porque demasiado se sospechara etc...»

Tal era el modo sencillo y espedito con que se
daban entonces las coronas, aun la de Carlos V y
Felipe II.

Napoleon escribió á Murat informándole de lo
que acababa de pasar en Bayona, anunciándole la
eleccion de José para que reinase en España, y la
vacante del reino de Nápoles, la que agregada al
reino de Portugal (porque el tratado de Fontaine-
bleau desaparecia con Carlos IV) le dejaba optar
entre dos tronos. Napoleon, en el mismo pliego,
ofrecia á Murat uno ú otro, á su eleccion, pero le
invitaba sin embargo, á que prefiriese el de Nápo-
les, porque debiendo asegurarle la Sicilia los pro-
yectos marítimos que meditaba, aquel reino se
compondria como otras veces de seis millones de
habitantes. Hasta tanto, le prevenia que se apode-
rase en Madrid de toda la autoridad, que usase de
ella con el mayor rigor, que participase á la junta
de gobierno y á los consejos de Castilla é Indias,
las renunciaciones de Carlos IV y Fernando VII, y que
exigiese de aquellas corporaciones que pidieran
á José Bonaparte para rey de España.

Difícilmente podrá formarse una idea de la
sorpresa y dolor de Murat al saber la eleccion que
acababa de hacer Napoleon. El mando de los ejér-
citos franceses en la Península, convertido bien
pronto en lugar-tenencia general del reino, le ha-
bia parecido un presagio cierto de su elevacion al
trono de España. Pero al ver destruidas sus espe-
ranzas, sufrió estraordinariamente su alma, y se
resintió su vigorosa constitucion fisica, como ve-
remos bien pronto. La hermosa corona de Nápoles
que Napoleon hacia brillar á sus ojos, estaba muy
lejos de indemnizarle, y le parecia una amarga
desgracia. Sin embargo, como era tan sumiso con
su poderoso cuñado, se abstuvo de manifestarle su
descontento, pero al contestarle guardo sobre el
particular un silencio, que probaba bastante quan-
to padecia, y participó á Mr. de Laforet que habia
adquirido toda su confianza, los dolorosos senti-
mientos que le atormentaban. Mr. de Laforet, an-
tigu ministro en Berlin, acababa de llegar en
reemplazo de Mr. de Beauharnais, separado in-
merecidamente por las torpezas que habia cometi-
do, inevitables en la posicion en que se encontra-
ba, aun cuando hubiese sido mas hábil.

No obstante, Murat tenia todavia una esperanza,
la de que José no aceptase la corona de España, ó
que las mismas dificultades de su traslacion á un
príncipe que se hallaba muy distante de Madrid, y
que no tenia en sus manos las riendas de la admi-
nistracion española, inclinasen á Napoleon á mu-
dar de parecer. Así que recobrándose un poco de
su penosa emocion, concibió alguna esperanza y
trabajó sinceramente en ejecutar las órdenes que
habia recibido. La junta de gobierno, que ya no

presidia el infante don Antonio, y que, según hemos dicho, se había aumentado con algunos individuos de los consejos de Castilla é Indias, era naturalmente adicta á Fernando, como compuesta de españoles que lo eran de corazón; pero tenían poca resolución y no sabían qué partido tomar en beneficio de su país. A fuer de españoles, les costaba mucho renunciar á la antigua dinastía que reinaba en España un siglo hacia, y que estaba tan identificada con el país como si descendiese directamente de Fernando é Isabel, fortificando en ellos esta adhesión la energía de las pasiones del pueblo, que escitado por su odio al extranjero y al favorito Godoy veía en Fernando VII la víctima de uno y otro, y por todas partes propendía á insurreccionarse. Empero los contenía el temor que experimentaban todos los hombres ilustrados, de que si se resistía á los franceses, la España serviría de campo de batalla á los ejércitos europeos, que el pueblo fanático se lanzaría á la lid con gran detrimento de los hombres honrados y pacíficos, y que las colonias sacudirían por último el yugo de la metrópoli y tal vez abrirían los brazos á los ingleses. Tales eran los sentimientos que hacían titubear á la junta, y agitaban el corazón de todo español que comprendía y apreciaba los intereses de su patria. Cuando la incertidumbre reina en el alma, la conducta es también vacilante. Así, pues, la junta, y con ella las clases ilustradas, debían representar un papel equívoco y débil, en tan graves ocurrencias. Al recibir las renunciaciones de Carlos IV y de Fernando VII, y las declaraciones en que los príncipes absolvían á los españoles de su juramento de fidelidad, los individuos de la junta, aunque

creían que aquellas renunciaciones habían sido arrancadas á la fuerza, estaban dispuestos á ceder á un destino superior, y las recientes recomendaciones de Fernando VII que les prevenía se abstuviesen de todo acto imprudente, acabaron de afirmarlos en esta resolución. Sin embargo, tuvieron un momento de penosa incertidumbre, cuando un emisario que había tardado mucho tiempo en atravesar las Castillas les trajo la contestación á las preguntas que anteriormente habían hecho, de si convendría reunirse en otro punto que Madrid, convocar las cortes, y hacer á los franceses una guerra nacional. La primera respuesta á aquellas preguntas había sido afirmativa y fechada el 5 de mayo por la mañana, un poco antes de la escena ocurrida en la habitación del anciano rey Carlos IV, y que decidió las renunciaciones. Después de reflexionar maduramente los individuos de la junta, considerando que lo que había pasado después entre el padre y el hijo había variado enteramente el estado de las cosas obligando á Fernando VII á hacer dimisión de su régia autoridad, y á que aconsejara él mismo la prudecia, creyeron que no debían hacer caso de unas órdenes anuladas por resoluciones posteriores. Presentáronse, pues, á Murat completamente resignados, dispuestos á obedecer sus órdenes y á reconocer al rey que les diese Napoleón. Especialmente los que por convicción ó interés adoptaban la idea de un cambio de dinastía, como por ejemplo el marqués de Caballero, se encontraban con ánimo de servir activamente al nuevo monarca, sobre todo si este era Murat, á quien ya conocían.

Sin embargo, éste tenía que pedirles algo mas